

da, el estómago perforado, el empiema invacuado o la herida penetrante. Ahí, como en los malos partos y en otros no tan malos es donde se veía la competencia y el espíritu de sacrificio de los profesionales que no omitían sus esfuerzos para resolverlos ni podían escurrir el hombro para no desacreditarse.

No he cruzado las trochas serranas en las noches de grandes tormentas, al estilo de la primera escena echegariana en EL PUÑAL DEL GODO, con los cuatro tizones en la cabaña pastoril y la voz grave del cachicán, que lo era aquel coloso de la escena que se llamó Francisco Morano y volvía diciendo:

¡“Qué noche, válgame el cielo!

¡Qué tormenta nos amaga!

¡Si está lloviznando hielo...”!

No he pasado la negrura de los montes azotados por el viento y por la lluvia, sin más luz que la de los relámpagos y el horrible estruendo de los truenos espantosos, pero sí he soportado las inclemencias de toda índole en los campos manchegos y me he visto en las circunstancias más apuradas sin ninguna clase de recursos. Y conozco la alegría que cuenta Felipe Trigo, gran escritor casi olvidado y médico como Baroja, cuando al final de una empeñada lucha, se va uno dejando una vida salvada o en vías de recuperación, pues aunque el médico no pueda presumir de salvador, hay casos en los que el paciente y sus allegados lo proclaman y él mismo, sin alardes, puede decir que lo fue.

Comprendo la vida de don Mariano mejor que los demás médicos de Alcázar, que me superaban en todo, porque esto no depende de las cualidades personales, sino de las circunstancias que le rodean a uno y un poco de sus ánimos, que no es vanidad decirlo cuando se cumple con el deber.

Hablé poco con don Mariano, tal vez demasiado poco, pero siempre con esta respetuosa admiración que él no podía comprender en mí y que me satisface dejar consignada en esta obra de eternidad, como la vida misma, incluyéndole en el grupo de los grandes médicos de esta comarca con los cuales batallé mucho más, compartí alegrías y tristezas y aprendí a conocer a la humanidad, lo cual no es nada ventajoso para la felicidad y la tranquilidad.

III

Aparte de las cualidades profesionales ya señaladas, como actuaciones públicas de don Mariano en Alcázar, hay que señalar el haber sido Alcalde, con las mismas maneras de prudencia, celo y ecuanimidad que en la profesión y alguna aventurilla empresarial malograda, derivada imaginativamente de la instalación de la estación Enológica.

Coincidente con la misma o coincidiendo con la inauguración de este centro, se celebró un concurso de prensas continuas. Vinieron muy ilustres ingenieros de los que recuerdo a García de los Salmones, Oliveras, Marcilla y algún otro que dieron sendas lecciones y realzaron los numerosos actos que se celebraron con tan agradable motivo y se abrió el primer curso de enología elemental del cual formé parte.